

Versaciones de un chupaplumas

Y cuando quiere reconocer honestamente y asumir todo su responsabilidad — se reconoce el casto plato y plato a ya en el pastel, aunque más se dice y a esperar que "casto plato y plato" porque últimamente tengo tanto trabajo que apenas puedo en la cafetería — que todo había estado ligero en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que ya estaba, al menos — de nada si yo sólo me acordaba de un día que me acordaba de un día que me acordaba que no tenía ya vuelta otra por ahí que había las imágenes de animales idénticos de colores y se olvidaba, como se olvidaba, a recitarlos o dudarlos a hacer cualquier cosa — "de que algo más", digamos, y parecían entonces — que parecían el que "casto plato" se reconociera y adquiriera una cierta apariencia de seriedad que se confunde el halo de seriedad que los "casto plato".

"Porque casto plato es una, verdad", aunque no del todo "casto plato" — había prisa en la memoria de las generaciones venideras.

Continúa!

Y cuando quiere reconocer honestamente y asumir todo su responsabilidad — se reconoce el casto plato y plato a ya en el pastel, aunque más se dice y a esperar que "casto plato y plato" porque últimamente tengo tanto trabajo que apenas puedo en la cafetería — que todo había estado ligero en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que ya estaba, al menos — de nada si yo sólo me acordaba de un día que me acordaba de un día que me acordaba que no tenía ya vuelta otra por ahí que había las imágenes de animales idénticos de colores y se olvidaba, como se olvidaba, a recitarlos o dudarlos a hacer cualquier cosa — "de que algo más", digamos, y parecían entonces — que parecían el que "casto plato" se reconociera y adquiriera una cierta apariencia de seriedad que se confunde el halo de seriedad que los "casto plato".

"Porque casto plato es una, verdad", aunque no del todo "casto plato" — había prisa en la memoria de las generaciones venideras.

Continúa!

Y cuando quiere reconocer honestamente y asumir todo su responsabilidad — se reconoce el casto plato y plato a ya en el pastel, aunque más se dice y a esperar que "casto plato y plato" porque últimamente tengo tanto trabajo que apenas puedo en la cafetería — que todo había estado ligero en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que ya estaba, al menos — de nada si yo sólo me acordaba de un día que me acordaba de un día que me acordaba que no tenía ya vuelta otra por ahí que había las imágenes de animales idénticos de colores y se olvidaba, como se olvidaba, a recitarlos o dudarlos a hacer cualquier cosa — "de que algo más", digamos, y parecían entonces — que parecían el que "casto plato" se reconociera y adquiriera una cierta apariencia de seriedad que se confunde el halo de seriedad que los "casto plato".

"Porque casto plato es una, verdad", aunque no del todo "casto plato" — había prisa en la memoria de las generaciones venideras.

Continúa!

Contratar una asistente

[1]



que ha sido, a pesar de todos mis temores y de tanta inquietud como el sólo hecho de tan sólo pensarlo me ha venido causando durante tanto tiempo, una de las decisiones más acertadas que he tomado en mi vida ya que, no es sólo lo ordenado y limpio que lo tiene todo, ni lo bien que me tiene atendidos a Indalecio y a Manolita (que resultó ser hembra; pero a él lo tolera muy bien y hasta parece que lo escucha con agrado), sino lo meticulosamente ordenados que me tiene los cajones de la mesa que — he de confesarlo enormemente avergonzado — es cierto que durante las primeras semanas los tuve cerrados, con llave, por si se apropiaba de mi obra o me la plagiaba pero, un día, o más exactamente una noche, recibí un mensaje en el móvil (de los que se leen, no mensaje hablado) que, suspicaz como de siempre he sido, tan pronto vi que era de ella — porque fue algo que sucedió muy al principio, cuando todavía desconfiaba porque aún no la conocía — imaginé ya antes de pulsar en “leer” que iba a ser poniendo alguna excusa (alegando por ejemplo que tenía que acompañar al hospital a algún familiar enfermo, o que le habían robado la billetera en el autobús y tenía que dedicar, “seguro”, toda la mañana “porque ya sabe usted — que hasta me parecía estarla oyendo, aunque el mensaje era escrito — cómo se ponen las comisarias en estos tiempos de tantísima inseguridad que vivimos”) para no venir al día siguiente; pero, cuando por fin lo abrí, el mensaje era muy escueto, sólo ponía **vea esto** seguido de las tres w dobles y algo más que son siempre la dirección de una página web en la que, me explicaba, encontraría, dentro de una flecha roja, las palabras **vea esto**.

Me explicaba también que haciendo clic en ese **vea esto** de dentro de la flecha roja llegaría a lo que ella me quería mostrar y, después de un punto y con su mayúscula y todo

Contratar una asistente

[2]

— detalle al que le encontré mucho mérito, tan engorroso como resulta el buscar en el teclado los signos de puntuación y las mayúsculas — me hacía la siguiente advertencia:

Agrande a 200%, que es como mejor se ve.

No pude hacer nada de lo que me indicaba porque mi móvil, mucho menos moderno que el de ella, no tiene internet y, como además me daba vergüenza contestarle con otro mensaje porque tengo muy poca soltura con los puntos y las comas, opté por dejarle — a la mañana siguiente, antes de salir para el ministerio — una notita escrita a mano en la que le daba las gracias por la advertencia del porcentaje pero la informaba, al mismo tiempo, de que no me era posible entrar en la página.

Eran poco más de las nueve y media cuando Gutiérrez compareció informando de que una dama¹ deseaba verme.

No me dio tiempo a, sobresaltado al escuchar una voz con la que no contaba, apartar la mirada de mis papeles y levantar la cabeza para, disimulando la sorpresa que me causaba verlo ahí, decirle “hágala pasar” porque una mano femenina enguantada lo empujó, aunque sin brusquedad, a un lado, y tras dedicarle un escueto “perdón” taconeó a paso vivo hacia mi mesa...

– Ah, Lola — dije, poniéndome de pie —; es usted.

¹ Gutiérrez, no sé si de forma natural o impostada, parecía más que un ordenanza un mayordomo inglés.

Pero cuando yo pulsé en la flecha — aunque en una pantalla tan pequeña no podía ver qué ponía dentro aquella era la única flecha roja — no sucedió nada. Y así se lo dije:

– ¿Seguro? — Y me miró con aprensión, como pensando “no sé yo si este”.

– Mírelo — Y tecleé, frente a su nariz incrédula, un par de veces o tres.

– Oh. Déjeme a mí.

Tomo el celular y, con el mismo pulgar y con la misma destreza que ya me sorprendiese unos segundos antes, tocó aquí y allá en los iconos y:

– ¡Ahí lo tiene!

–Ah, pero es que esto ya es otra cosa ¡Esta pantalla es bastante más grande!

– Vamos — rogó impaciente consultando su reloj de pulsera —; pulse la flecha que se les va a acabar el agua a las lentes.

Y pulsé, y funcionó, pero todo cuanto pude ver fue — bastante desencantado después de tanta intriga — otra pantalla también con recuadritos y flechas (aunque no rojas) igual que la primera...

– ¿Y? — Fue todo mi comentario.

– ¿Cómo que “y”? — Parecía perpleja o desolada — ¿Ha visto, ahí, en el centro, abajo?

– Sí. He mirado todo. Y tanto en la primera como en la segunda pantalla lo que aparecen son cuadraditos y flechitas y...

- ¿Y a usted no le importa?

- ¿Y por qué habrían de importarme a mí unos cuadraditos y unas flechas?

- En fin — exhaló un profundo suspiro y apagó el teléfono —, usted sabrá. El asunto es desde luego suyo — agregó devolviéndolo al bolso y colocándose los guantes — y, si a usted no le parece alarmant...

- ¿Y qué puede tener de alarmante...

- Nada. Olvídelo — replicó en tono cortante y algo triste —. Además, ¿qué hago yo ocupándome de algo que no sea el agua de mis lentes?

Y tras dedicar a Gutiérrez un cortés “buenos días” salió caminando sobre sus altos tacones por la puerta que, a la sazón o por entonces, tenía yo localizada justo enfrente de la que sería, llegado el momento de no querer tener que afrontar el bochorno de no verme deportista de élite —que no me veré, por cierto y por culpa de esa condenada costumbre que siempre ha tenido mi madre de, frente a cualquier actividad, o habilidad, que fuese el tema del programa de televisión del sábado por la noche, decir en tono sarcástico², a mi padre, mientras cenábamos, por mí, “pues a éste a mí parece que lo estoy viendo” —, mi mesa de ping-pong que, tengo entendido (precisamente porque lo escuché en un programa de televisión), es buenísimo para mejorar la capacidad y el tiempo de reacción que, por cierto, le faltó siempre a mi padre para pararle un poco, aunque sólo fuera un poco, los pies a ella.

² Sarcástico que lo llamo yo sarcástico porque a mí me parece que es sarcástico, aunque ella dice que lo que me pasa es que soy suspicaz.

Contratar una asistenta

[6]

Pero, ya digo, me parece a mí que no voy nunca a verme aunque no sé —que tendré que consultarlo con la almohada, como dice mi madre, porque a mi amigo, o a Lola, no puedo andar todo el rato mareándolos con qué les parece a ellos que dará pie a un mejor argumento—, así como si dijéramos *bote pronto* o de momento, si jugando al ping-pong o parándole los pies a mi madre.

